

Comentario internacional

Argentina: la hora
de las espadas

La dramática etapa del liderazgo de María Estela Martínez de Perón se termina —con un asesinato cada cinco horas— con la decisión del ejército. Las anécdotas sobre López Rega y María Estela Martínez de Perón apenas son, hoy, elementos de causa en un proceso histórico que desde 1930 —con el golpe militar contra un Irigoyen decadente y enfermo, pero todavía un baluarte mítico de ciertas concepciones del radicalismo— no ha encontrado solución estructural.

En mi último viaje a Buenos Aires hablé con un número importante de dirigentes políticos del país. Algunos en largas entrevistas, como Balbín, Lanusse y Frondizi, para la televisión. Además de ese diálogo hacia el exterior tuve largas entrevistas personales con ellos. Hacia el interior, en un coloquio analítico.

Era evidente que todo el mundo, en la calle o fuera de la calle, pensaba que el espontaneísmo terminaría en el voluntarismo del ejército. En esa dicotomía estaban, en síntesis, los grandes argumentos. El espontaneísmo reflejaba la crisis social ostensible; el voluntarismo las dudas y las indecisiones militares que mostraban, entonces, divisiones y compromisos contrarios. En mi conversación con Lanusse le dije, no sin pesadumbre, que las piezas del gran juego iban a conceder al ejército la decisión.

Lanusse insistía entonces, como otros jefes militares —el funcionamiento de la memoria histórica— en el hecho de que ellos no aspiraban a romper el orden constitucional. Esa resistencia era clara. No era menos cierto que en la lucha abierta de la calle, en un rastro sangriento que demuestra la crisis sustancial de la pequeña burguesía y de la burguesía comercial, que se resistían (de cara a la inflación y el aumento de los precios de las materias primas a su deshaucio como clase urbana) a su proletarianización, el ejército estaba pasando a ser, entre las dos vertientes, el centro de resonancia.

Tengo por cierto, sin duda, que en el ejército argentino se ha meditado mucho, y ampliamente —de mejor suerte que en muchos de los partidos, sobre todo que en el radical— respecto a las circunstancias históricas de los últimos treinta años. El propio Fronduzzi me lo advirtió en su despacho. En la joven oficialidad existen, obviamente, grupos que aspiran a transformaciones en profundidad. En los estratos superiores también se han producido cambios. De las conversaciones que sostuviera con algunos de sus dirigentes, hace tres

años, a las últimas, la transformación, cualitativamente, era considerable. No obstante, el bonapartismo tiene, siempre, su propia dialéctica, sus intereses históricos y nada permite pensar que esa realidad no mítica pueda cambiarse ni modificarse rápidamente. No creo que tampoco ahora.

La crisis argentina acontece, además, en el marco de una crisis económica profunda que la súbita elevación de los precios de algunas exportaciones (lo cual produjo una recuperación clara en 1973) no resolvió, sino que vino a acelerar más tarde. La inflación, convertida en instrumento de concentración del poder económico en unos pequeños grupos sociales, ha despojado a la pequeña burguesía comercial de instrumentos de resistencia y la ha lanzado a la acción directa. La responsabilidad histórica de López Rega en el desencadenamiento de ese proceso —desde la triple A— no puede enmascarar el fondo de un proceso histórico cuya responsabilidad recae, sin ambages, sobre otros hombres. López Rega ha sido el mascarón de proa de una corrupción social y política mucho más personalizada y que él mismo, desde su personal subdesarrollo, llevó a los términos lógicos: la represión y la mitificación. Los fenómenos subjetivos y de personalización del poder, en el marco del histerismo de la presidente derrocada, no ocultan la crisis social profunda en la cual ellos actuaron, en gran medida, como detonadores.

El gran movimiento sindical argentino, corrompido en algunos de sus niveles superiores por la existencia de líderes transformados en jefes de organizaciones represivas, tiene ahora la posibilidad de la recuperación de sus fuerzas sociales reales —su base popular— para ofrecer la resistencia al ejército si este no conduce el barco hacia las reformas estructurales o para cooperar, en decisión, en el análisis, a fondo, de los problemas nacionales. De una suerte u otra, los acontecimientos de Argentina demuestran en qué medida la sociedad argentina no ha podido soportar, por más tiempo, el nivel caótico que transportaban, consigo, las aguas de un proceso que no cambia, ahora, totalmente de destino, pero que obliga a todas las fuerzas del país a tomar partido por el futuro y no, como en parte se hiciera hasta ahora, por la exégesis del pasado.